

4. Aimé Olguin

Esclavitud y Libertad en los Estados Unidos: la *slave narrative* como género emblema de una paradoja nacional

*¿Qué soy yo, después de todo?;
Soy un estadounidense o soy
un negro? ¿Puedo ser ambos?*

W.E.B. Du Bois

En “Narrar la nación”, Homi Bhabha alude a la naturaleza dilemática y ambivalente que caracteriza al concepto de nación y, en consecuencia, a las narrativas que adscriben a él, signadas por “una representación cuya compulsión cultural reside en la unidad imposible de la nación como fuerza simbólica” (2010: 11).

En un impulso afín, la literatura estadounidense pos revolucionaria manifestó una obsesión que hace mella, aun hoy, en la representación ficcional que los Estados Unidos tienen de sí como proyecto colectivo acabado. En el intento diligente de corroborar o de servir de avanzada a una “narrativa continua del progreso nacional”, la transposición literaria de su trama histórico-mítica resultó ser categórica (Bhabha, 2010: 11).

En *El americano en vías de extinción*, Leslie Fiedler analiza esa traslación buscando primero el origen del mito de nación estadounidense que ocupará un lugar central en la novela decimonónica nacional. Entendemos el mito aquí a partir de Malinowsky: el mito como una “carta magna para el orden social actual” y como “creencia mágica que tiene por función fortalecer la tradición” (Brennan, 2010: 66). Según Fiedler, la conversión histórica progresiva del europeo peregrino en colono, luego en ex-europeo y, finalmente, en americano, da desarrollo también a una epopeya mítica nativa, donde el nuevo héroe estadounidense se abre paso desde un origen primario para alcanzar su destino como hijo de la nueva nación. El viaje es una épica de avance, de expansión, que convierte en necesidad histórica la expulsión material y simbólica del primer rival y primera amenaza real al estímulo nacional: el pielroja (Fiedler, 1968:11-32).

El mito madre, el Oeste (cuya traducción literaria se corporiza en el *Western*), supone una marcha incesante y potencialmente infinita. El Oeste enfrenta al blanco europeo puritano a su “destino manifiesto”, al exilio auto impuesto lejos de una tierra de corrupción, y a su inserción en un espacio virgen, impoluto pero, por sobre todo, libre de ser intervenido.⁹ La ampliación metamórfica de ese mito cubrió todos los aspectos del ser nacional como proyecto. El

⁹La colocación, que se atribuye a un tal John L. O’Sullivan, hace eco de toda la doctrina expansionista que rodeaba los discursos de anexión de territorios durante la primera mitad del siglo XIX, y que ubica a los Estados Unidos en una posición de derecho para la conquista e intervención de todo el territorio norteamericano.

Oeste como destino siempre adaptable en términos geopolíticos (Corea, Vietnam, Nicaragua, Irak, la luna) responde a una amalgama idealista que conjuga la autoproclamación y el destino divino de los Estados Unidos como nación ejemplar¹⁰, y la ilusión de benevolencia y el sentido de necesidad histórica que la caracterizan en su autodefinición como pueblo (Said, 1993: 9). Esta autodefinición unificada del ser nacional surge necesariamente de la diferencia con el otro. Primeramente, es el pielroja quien, en su radical diferencia, le permite al blanco ex europeo definirse como sujeto estadounidense, y el enfrentamiento ontológico entre ambos será el argumento que legitime la expulsión del nativo.¹¹

Así, la escritura pos revolucionaria impulsó espacios estéticos que fijaron como canon la invención del estadounidense como hombre nuevo (libre de pecado) que, en un “avance inexorable”, vive y muere en su ley. En miras de borrar a su paso la amenaza de fragmentación que supone el encuentro con su enemigo mítico, el modelo de expansión supone el arraigo del antagonista como arquetipo negativo, lo que reclama o su asimilación absoluta al modelo americano o su aniquilamiento (Fiedler, 1970: 61-75).

¹⁰En 1630, el peregrino John Winthrop utiliza la colocación bíblica “*City Upon a Hill*” para inaugurar discursivamente la idea de la colonización norteamericana como preludeo de una nación pura, que, en su altura, serviría de modelo para el mundo por su ejemplaridad o, en caso de mostrarse corrupta, recibiría una merecida censura.

¹¹Fiedler analiza largamente la instalación de mitos literarios productivos donde opera esta tarea de delimitación entre los dos “socios mitológicos”, y que, entre otros, incluye las figuras de Pocahontas y de Rip Van Winckle.

Esta exigencia pasará a trasladarse a los demás grupos “de color” que, desde su propia tradición, sigan operando contra la compulsión unificadora del proyecto nacional (Fiedler, 1970: 61-75).

La segunda amenaza a la trama textual en la que estaba atrapada la nación estadounidense la constituyó, por supuesto, el negro. La institución esclavista necesitó del desarrollo de una ideología racial para auto perpetuarse, una ideología que otra vez le permitiera (sobre el armado de rasgos privativos que marcaran al negro como reto al texto nacional), explicar a los ojos del mundo la primera gran contradicción de ese proyecto conjunto y puro que representaban los Estados Unidos.

Como afirma Eric Sundquist en *Imperio y Esclavitud en la Literatura Estadounidense*, en los Estados Unidos “el ascenso del ideal de libertad entre los siglos XVII y XIX es simultáneo con el ascenso de la institución de la esclavitud”¹² (1995: 141). Esta paradoja decisiva se manifiesta en la tensión retórica propia del relato ampliado que los Estados Unidos tienen de sí en relación con las demás naciones y en su propio espacio doméstico, y tiene consecuencias de gran alcance en la tematización del sujeto negro tanto en la literatura canónica blanca como en la poética afro estadounidense de los dos últimos siglos. Es una paradoja que se corporiza en la presencia cultural híbrida del sujeto negro (es estadounidense al tiempo que es africano) y en la fallida intervención asimiladora de la nación WASP, cuya misión resultó tan parcial y

¹²Las traducciones son propias.

ambigua como las condiciones históricas que la impulsaron.

Entre los siglos XVII y XIX, el analfabetismo programado del negro confinó la producción poética de los negros del Sur al reino de lo oral y de lo folclórico, *i.e.*, de lo no formal en el espacio institucional-literario. Es recién a partir de la aparición sistemática de las *slave narratives*, que asumieron su forma y tonos más consolidados en las dos décadas previas a la Guerra Civil, cuando la voz del negro se ubica de pleno en el centro de la escena literaria: en el espacio de la narración, como héroe de una epopeya novel; en el espacio de la narrativa, como autor de novelas imbricadas en la problemática nacional decimonónica.

El género de la *slave narrative* es un ejemplo de lo que Brennan define como “usos institucionales de la ficción en los movimientos nacionalistas mismos” (2010: 69). Impulsado por el movimiento abolicionista y pensado para influir en una audiencia mayormente femenina y cristiana, esta narrativa tiene como trama los testimonios de esclavos fugitivos que lograron huir al Norte libre y pueden, ya emancipados, reflexionar e influir en la opinión pública respecto de la desgarradora experiencia de la institución esclavista en los estados sureños. Las características del género, que se exponen de forma categórica en el testimonio de Frederick Douglass, *Relato de la vida de un esclavo americano*, nos permiten dar cuenta de uno de los modos en que la ambigüedad del pensamiento nuclear nacional permea la literatura clásica estadounidense en su

momento de total expansión territorial y mítica.

La *slave narrative* ilustra esta contradicción en dos espacios centrales de análisis. El primero refiere al afán conservador que hace al contexto de producción de la novela en sí. De modo desacorde al objetivo revolucionario de la abolición, tenían en simultáneo el propósito central de evitar a toda costa la fractura de la nación y las consecuencias nefastas que podía acarrear para ella la secesión de los estados confederados. Entonces, en primer lugar, se trata de novelas que, como la propia Guerra Civil, fueron profundamente tradicionalistas en sus objetivos (Sundquist, 1995: 147). A nivel estructural, la narrativa hace eco de ese impulso integrador al incorporar la experiencia vital de un espacio nacional subalterno (el relato del esclavo, en su propia voz) a un espacio literario legitimado, que es el de la novela sentimental. En segundo lugar, retomando la afirmación de Benedict Anderson en *Comunidades Imaginadas* a propósito de la novela, podemos también pensar la *slave narrative* como “el movimiento de un héroe solitario a través de un contexto sociológico de una fijeza que funde el mundo interior de la novela con el mundo exterior” (Brennan, 2010: 73). En ese sentido, la narrativa y el derrotero del protagonista hacen una evaluación del momento de transición histórica, cuando los Estados Unidos se repiensen como nación ejemplar. Esa misión narrativa exige añadir al marco convencional de la novela sentimental inglesa “la polémica política, canciones de esclavos, remanentes del folklore africano y el testimonio personal” (Sandquist, 1995:

217). Es decir que, para evitar lo que Brennan define como una “fragmentación caótica”, el género incorpora “una mezcla de jergas de razas y etnias diversas (2010: 75). Esta miscelánea cataliza los objetivos centrales del nuevo género literario, que jerarquiza los argumentos abolicionistas (entre otros, la disposición cristiana del negro, su estatuto como hombre racional, la corrupción moral de los amos, la violación y consecuente amenaza del mestizaje), al tiempo que socava los argumentos esclavistas (su bestialidad o infantilismo, el paternalismo benévolo que caracteriza a la institución esclavista, la protección económica de la nación y del esclavo, etc.).

En *Relato de la vida de un esclavo americano*, la memoria del esclavo fugitivo satisface el ansia de asimilación del sujeto negro sureño al sueño americano de libertad tomando la escritura como uno de los tropos centrales del relato. Teniendo en cuenta el contexto racionalista moderno en el que se piensa la novela, el subalterno se inscribe como sujeto estadounidense de derecho a partir de que logra escribir su experiencia tan bien como podría hacerlo el blanco. Es por eso que no hay una escritura en estas narrativas que se desvíe del rumbo canónico del inglés estándar. Mientras que, en el marco de lo temático y de lo alegórico, las huellas de lo ancestral africano y afro americano son evidentes, lo vernáculo pareciera estar absolutamente normalizado en el plano lingüístico.

La novela sentimental y el inglés estándar se convierten en una suerte de plantilla estética que ordena el testimonio. Las huellas de ese género europeo (como

novela de aprendizaje que aspira a la consolidación del ideal doméstico) se hacen presentes en el ámbito nacional literario para inaugurar el estatuto del negro como SER humano. Pero, al mismo tiempo, presenta a los Estados Unidos como una escritura que debe resolver una contradicción inadmisibles (la coexistencia de dos supuestas “virtudes” de la nación, la esclavitud y la libertad) y erigirse como ideal a ojos del mundo.

Así, como todas las *slave narratives*, la de Douglass dirige su atención a la amenaza de la esclavitud en tanto institución que arruina la moral doméstica y religiosa del sujeto estadounidense, pero que también arruina la credibilidad de la “libertad” como concepto esencial del documento constitucional que fusiona, en un todo hermético y coherente, el imaginario colectivo y los objetivos territoriales de la Unión.

En consecuencia, siempre se observan, como afirma Husband en *Antislavery Discourse and Nineteenth-Century American Literature*:

“..los personajes típicos de la campaña de protección de la familia: la esclava fatalmente hermosa, el amo lascivo, la madre esclava amorosa y traumatizada, y el ama brutal que viola el principio de la verdadera femineidad” (2010:114).

Es importante considerar también que, en el espacio que refiere a la trama de libertad y avance, el héroe negro de esta epopeya de emancipación muestra los colores del héroe blanco. Emulando sus pasos como en la

primera conquista, este hombre pasa de ser un esclavo, a ser un ex esclavo, a ser un norteamericano que avanza en soledad para reinventarse. Es en la huida cuando se convierte en un verdadero estadounidense. Aunque su expansión no tiene como norte el Oeste, sino el Norte *per se*, se trata de un espacio que, como el Oeste, es el territorio de la libertad a ser conquistada. Esta transición esclavitud-libertad hace eco de todo el aura que rodea al hombre nuevo estadounidense: la tematización de la bravía, el valor del dinero, la excepcionalidad personal, la reflexión religiosa individual. En todos sus aspectos, se trata de un acto de conversión mítica de sí mismo en un héroe americano, en un “*self-made man*”, que pasa a participar del impulso nacional al romper con la contradicción que mantiene al país en un estado paradójico. Sobre la base de lo anterior, puede hacerse una lectura que identifique la narrativa de Douglass como respuesta literaria conservadora al contexto socio-histórico nacional que la origina.

No obstante, nos enfrentamos al segundo espacio de análisis que tematiza el problema de la paradoja identitaria estadounidense. Nuevamente, a pesar de que la edición de las obras oblitera cualquier marca lingüística del inglés negro, reiteramos que se filtran en el espacio narrativo otras huellas propias de la tradición y de la experiencia “liminar” del negro como africano-americano. Entre otras, se cuentan las referencias a la magia, la música y el canto como espacios vedados a la comprensión WASP, que significan y subvierten el código compartido y que operan como ámbitos de resistencia a la

imposición asimiladora que discutimos. Es en este espacio de análisis donde está haciendo gran hincapié la crítica contemporánea respecto del género, a partir de la consolidación, en las últimas décadas, del espacio académico de las literaturas étnicas. Varios estudios seminales de la crítica afro estadounidense se concentran en la explicitación de una tradición que parecía parcialmente obliterada, y abren el debate de la pertenencia del sujeto negro a dos espacios: lo nacional africano y lo nacional blanco. Las reflexiones sobre la expulsión o permanencia del espacio africano reorientan nuestra lectura “conservadora” del texto y complejizan el espacio de identidad del negro estadounidense. La apropiación inversa de los lenguajes, la incorporación formal de marcos estéticos otrora folclóricos como el blues y el gospel para especificar y abstraer la experiencia negra de la impronta estética europea son solo algunos de los factores que convierten a esta narrativa en un espacio fragmentario, que se resiste abiertamente a ser inscripto en el marco binario de lo nacional o de lo extranjero donde este Otro, del mismo modo que ocurrió con el indio, debe ser incorporado o eliminado del sueño nacional.

Desde esta mirada, la *slave narrative* se convierte en otra clase de épica, una que le pertenece por completo al subalterno negro y que se rige por una tradición propia de identidad-en-diferencia que ambigua y celebra la ambiguación de la unidad nacional, de aquello que lo obligaba a permanecer en el molde de la estética blanca. Se convierte en una épica de la

nación negra, del nacionalismo negro, un enclave aislado, pero poroso, que habla más de una lengua.

Como los inmigrantes ilegales de *Quién le habla al Estado-Nación*, el género propone también una traducción subversiva y una invitación al sueño de libertad y progreso que no fue extendida a todas las comunidades estadounidenses, para hacer estallar la noción extendida de la nación como “concepto holístico” e ilustrar “la amplia diversidad a través de la cual construimos el campo de significados y símbolos que se vinculan con la vida nacional” (Bhabha, 2010: 13).

BIBLIOGRAFÍA

- Bhabha, Homi K. “Narrar la nación”. *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires, 2010 (11-19).
- Brennan, Timothy. “La nostalgia nacional de la forma”. *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales*. Siglo Veintiuno Editores. Buenos Aires, 2010 (65-97).
- Butler, J., Spivak, G. *¿Quién le canta al Estado-Nación?* Paidós. Buenos Aires, 2009.
- Du Bois, W.E.B. *The Conservation of Races*. Baptist Magazine Print, Washington, 1897. Citado de: EBook #31254, Project Gutenberg.
- Fiedler, L. *El americano en vías de extinción*. Monte Ávila Editores. Caracas, 1980.
- Fields, B. “Esclavitud, raza e ideología en los Estados Unidos de América”. *Huellas de los Estados Unidos. No 4*, Buenos Aires: 2013.
- Husband, J. *Antislavery Discourse and Nineteenth-Century American Literature*. Palgrave Macmillan. Nueva York: 2010.
- Sundquist, E. *Empire and Slavery in American Literature. 1820-1865*. University Press of Mississippi. Jackson: 1995.